

Haciendo una capciosa diferencia entre el rey de Bohemia á quien acaba de vencer, y el jefe del imperio al que Juan Jorge como miembro de la dieta miraba como sagrado, no se atrevió á tomar para su uso personal ninguno de los objetos que pertenecian al emperador, pero sí hizo conducir á Dresden los cañones que defendian las murallas de Praga. Despues de quitarle un reino á Fernando II, le pareció que seria una falta de respeto el ir á habitar en su palacio y escogió por residencia el hotel de Lichtenstein. Semejante conducta de parte de un héroe, de un grande hombre, habria sido justamente admirada como prueba de modestia; pero el carácter bien conocido de Juan Jorge autorizaba á creer que su reserva en aquella circunstancia no era el resultado de un sentimiento loable, sino la consecuencia natural de la timidez y falta de energía que en el seno mismo de la libertad no se atreve á romper las cadenas que la costumbre le ha enseñado á respetar. Despues de la toma de Praga y la sumision de las otras plazas fuertes que se apresuraron á imitar el ejemplo de la capital, la situacion de la Bohemia sufrió de nuevo algunos cambios intempestivos. Los nobles protestantes que habian tenido la felicidad de sobrevivir á los padecimientos de la proscripcion y del destierro, volvieron de nuevo á su patria; el célebre conde de Thurn, principal autor de la insurreccion bohemia, tuvo la satisfaccion de presentarse otra vez como vencedor en el teatro de sus hazañas y de sus infortunios. Cuando en la época de su derrota atravesó como fugitivo el puente de Praga, las cabezas de sus cómplices, colocadas en toda la longitud de este mismo puente en una doble hilera de picas, se habian presentado á sus miradas, como para advertirle de la suerte que le aguardaba si tenia la desgracia de ser reconocido. En el momento en

que lo pasaba triunfante en union de los sajones, aquellas cabezas que no eran ya mas que cráneos disecados, se presentaron nuevamente á su vista, pero en el acto se apresuró á mandar quitar aquellos horribles trofeos. Un gran número de proscritos volvieron con él, y todos obtuvieron una satisfaccion mas que completa, porque se les entregaron sus bienes, no solamente los que el emperador habia dado á sus partidarios, sino tambien los que legalmente se habian adquirido del fisco por medio de ventas públicas. Nadie pensó en indemnizar á los compradores de buena fé, á quienes se despojaba, aunque mas de uno de los desterrados habia recibido en el destierro el monto de la suma que importaban sus bienes, los que ademas estaban mejorados en su mayor parte por el cuidado que se habia tenido de ellos. Dudando de la duracion de aquella felicidad inesperada, se apresuraban á vender sus terrenos y castillos despues de quitarles los muebles y las inmensas provisiones que contenian, y las cantidades de dinero que sacaron de su venta, aunque inferiores á su verdadero valor, tenian por lo menos la ventaja de poderse transportar en el acto de una desgracia.

El entusiasmo religioso de los protestantes, reanimado por la presencia de los sajones, rayaba en fanatismo. Los habitantes de las ciudades y de los campos acudian en masa á los templos que se acababan de abrir, y aquellos que habian sido obligados á reconocer á la Iglesia romana abjuraron públicamente este culto. En vano el nuevo gobierno dió el ejemplo de la tolerancia y prohibió toda clase de represalias; no tuvo bastante poder para impedir que aquel pueblo, al que tan cruelmente habian maltratado, hiciese sentir el peso de su cólera á todos aquellos que se habian complacido en privarlo de la mas querida de sus libertades, la de ado-

rar á Dios segun sus propias convicciones. Encontrándose mas fuerte abusó á su vez de la fuerza, y su ódio á la religion que violentamente le habian impuesto, lo hizo derramar la sangre de los sacerdotes y de los partidarios de esta misma religion.

Mientras que la Bohemia rompía de aquel modo sus cadenas, los generales Goetz y Tiefenbach llegaban con sus tropas que estaban en Silesia y con los regimientos que Tilly les habia enviado del alto Palatinado. Convencido de la necesidad de rechazar aquel ejército antes de recibir nuevos refuerzos, de Arnheim salió de Praga con una parte de sus tropas, marchó al encuentro del enemigo, lo atacó cerca de Limburgo sobre el Elba, lo obligó á abandonar sus atrincheramientos, lo rechazó mas allá del rio y destruyó el puente que para mantener la comunicacion entre las dos orillas habia construido con tanto trabajo. No obstante esta ventaja, el general sajón no pudo impedir el que los imperiales penetrasen al territorio de Bohemia y lo inquietasen con continuas escaramuzas. La audacia de los croatas, sobre todo, no tenia límites; llevaban algunas veces sus excursiones hasta las puertas de Praga, robaban y asolaban todo á su paso y desaparecian en seguida sin que fuera posible alcanzarlos ni prever su vuelta. Por otra parte, la expedicion de los sajones á Bohemia de ningun modo realizó las esperanzas que su feliz principio habia hecho concebir. En lugar de terminar la sumision del país y de irse á reunir con los suecos para atacar con ellos los Estados hereditarios del Austria, debilitaron su ejército y malgastaron un tiempo precioso en la continuacion de una guerra insignificante. Inútilmente se preguntará por qué Juan Jorge perdió las ventajas que acababa de alcanzar, y sobre todo, por qué se negaba á se-

cundar los proyectos del rey de Suecia, si la conducta que observó en lo de adelante no explicara los motivos secretos que lo guiaban entónces. Amenazado por un lado por Gustavo-Adolfo, que se habia abierto un paso al través de la Franconia, de la Suavia y de la Baviera, y del otro por los sajones que acababan de arrebatárle la Bohemia, la situacion de Fernando II era tanto mas crítica, cuanto que las guerras precedentes habian agotado sus recursos, y que el recuerdo de sus antiguas victorias habia sido completamente eclipsado con los brillantes triunfos del rey de Suecia. La confianza que tenia en el valor y la excelente disciplina de sus tropas, se habia desvanecido; la mayor parte de sus aliados estaban vencidos, y por consiguiente imposibilitados de defenderlo, y los otros, espantados de los peligros á que los exponia la fidelidad á su causa, lo habian abandonado. El mismo Maximiliano de Baviera, aquel firme apoyo de la casa de Austria, justificaba las sospechas que habia hecho nacer su primer tratado con la Francia, porque no disimulaba el deseo de permanecer neutral en una guerra en la que su concurso era mas que nunca indispensable al emperador.

El arzobispo elector de Maguncia, los arzobispos de Wurtzburgo y de Bamberg y el duque de Lorena, se habian sometido ó estaban expulsados de sus Estados por Gustavo-Adolfo. Treveris solicitaba descaradamente el colocarse bajo la proteccion de la Francia; las tropas españolas rechazadas de las orillas del Rhin, estaban á punto de serlo igualmente de los Países Bajos por el valor holandés, y la tregua firmada con la Suecia, reducía á la Polonia á la inaccion. El príncipe Ragotzy, sucesor de Betlen-Gabor y heredero de su génio activo y de su ódio contra el Austria, amenazaba la Hungría, entre tanto que la Puerta Otomana se disponia sería-

mente á apoderarse de aquel reino que hacia tanto tiempo era el objeto de sus deseos y de su ambicion. La mayor parte de los príncipes protestantes del imperio, envalentonados con los triunfos de las armas suecas, habian abandonado públicamente el partido imperial. Para obligar al corto número de los que habian permanecido fieles y que se habian arruinado, á hacer nuevos sacrificios, se necesitaba tener la crueldad de un Tilly ó de un Wallenstein. Las fuentes de donde estos dos azotes de las naciones habian sacado tantos tesoros, estaban agotadas para sus sucesores, y la guerra no podia continuarse mientras que los Estados hereditarios del Austria no consintiesen en sufragar los gastos. Para poner el colmo á las dificultades de que se hallaba rodeado Fernando, acababa de estallar una insurreccion en la alta Austria sobre las orillas del Ens. La intolerancia del gobierno habia abusado de la paciencia de la parte protestante de los habitantes de esta provincia. Excediéndose de los límites que la razon y la justicia les imponian, blandieron las antorchas del fanatismo en el mismo momento en que los enemigos del emperador amenazaban las fronteras de sus posesiones. Por último, despues de una série de victorias compradas á expensas de la miseria y de la sangre de tantos pueblos, este monarca se encontraba sobre el borde del mismo abismo que habia amenazado sepultarlo en la época de su elevacion al trono.

Si en aquel momento la Baviera hubiera realizado su proyecto de neutralidad; si el elector de Sajonia hubiera resistido á las seducciones con que procuraban separarlo de su nuevo aliado; si la Francia se hubiera decidido á atacar á los españoles al mismo tiempo en los Países Bajos, en Italia y en Cataluña, el orgulloso edificio de la grandeza austriaca se

habria desmoronado completamente. Nada habria impedido á las potencias el dividirse los despojos de la casa de Habsburgo y de reorganizar despues por un nuevo sistema las ruedas trastornadas de la máquina del imperio germánico. Hacia ya mucho tiempo que la monarquía austriaca ocultaba las numerosas llagas que la condenaban á una muerte lenta y segura bajo el brillo engañador de un gran nombre; pero la victoria de Gustavo-Adolfo en el campo de batalla de Leipzig y los brillantes triunfos que la siguieron despues, la habian despojado de aquel prestigio.

Si nos remontamos á las causas que aseguraron á los suecos una superioridad tan grande en los combates, la encontraremos principalmente en el poder ilimitado de su jefe. Siendo el centro único de todas las fuerzas de su partido, ninguna autoridad superior limitaba la suya, por lo mismo se podia aprovechar de todas las circunstancias favorables y tomar al instante todas las providencias necesarias para asegurar el éxito de sus vastos proyectos. Desde la destitucion de Wallenstein y la derrota de Tilly, el partido imperial se encontraba en una situacion completamente opuesta. Los generales, no teniendo mas que poderes limitados, se encontraban imposibilitados de obrar con actividad, y por consiguiente de adquirir por medio de providencias acertadas y prontas la confianza de sus tropas. Las operaciones de los diferentes cuerpos de ejército carecian de unidad, los soldados de disciplina y de obediencia: los miembros de la Dieta estaban faltos de buena voluntad, y los gefes de los diversos gobiernos no tenian actividad para tomar una resolucion pronta ni firmeza para ejecutarla. En resúmen, el partido imperial conservaba todavía bastantes recursos, pero para emplearlos de un modo conveniente se necesitaba á un hom-

bre de génio revestido de un poder discrecional. Fernando lo habia comprendido así hacia mucho tiempo; su consejo íntimo se ocupaba en secreto de buscar á aquel general, pero los miembros de este consejo no pudieron estar de acuerdo en un asunto de tanta gravedad. En un momento de entusiasmo el emperador habia tenido la idea de ponerse él mismo á la cabeza de sus tropas, para inflamar con su presencia el valor de sus soldados y oponer al rey de Suecia un monarca mas grande y mas ilustre de lo que él era.

No fué difícil hacerle abandonar este proyecto: la tarea de que él no podia encargarse parecia pertenecer de derecho á su hijo, jóven príncipe lleno de valor y actividad. Destinado por su nacimiento á defender una monarquía de la cual dos coronas, la de Bohemia y la de Hungría, adornaban su cabeza, reunia al respeto que inspiraba su cualidad de heredero del trono imperial, la estimacion de los soldados y el amor de los pueblos sin cuya adhesion era imposible la continuacion de la guerra. Si su extremada juventud hacia dudar de la madurez de su razon, se le podia rodear de generales experimentados que mandarian en su nombre. Otras consideraciones, y tal vez la envidia secreta del emperador, hicieron que se abandonase este nuevo plan. Hubiera sido imprudente, en efecto, confiar los destinos del imperio á un jóven príncipe que él mismo necesitaba de un guía y de un apoyo. ¿De qué peso hubiera sido preciso cargar al pueblo para sostener el lujo desenfrenado que en aqueña época acompañaba siempre al general en jefe de un ejército cuando pertenecía á una casa régia y de cuyo aparato era imposible prescindir! Para el mismo príncipe hubiera sido muy desagradable comenzar su carrera política por un papel que lo obligaba á extorsionar á los pueblos que mas tarde debia gobernar. Por

otra parte, no bastaba dar un general al ejército: lo mas difícil era encontrar un ejército para este general. Desde que Wallenstein habia sido destituido, las tropas imperiales habian perdido toda su importancia y la desercion y los combates las habian debilitado á tal punto, que el emperador no podia oponer á sus enemigos mas que los soldados de la Liga y de la Baviera. La dependencia en la cual esta necesidad colocaba á Fernando, afectaba penosamente á su orgullo. Para libertarse de ella, le era indispensable un ejército que le perteneciera, ¿pero podia sacarlo de la nada? porque para crearlo los dos principales elementos le faltaban: el dinero, y un general célebre para inspirar confianza, bastante enérgico para hacerse obedecer, y dotado sobre todo de cualidades superiores é indispensables para combatir con éxito contra las tropas victoriosas y aguerridas del héroe del Norte. No habia en Europa mas que un hombre que llenase estas condiciones, y este hombre habia sido separado del mando de una manera humillante. El instante en que el emperador sintió la pérdida del duque de Friedland, fué tambien en el que comenzó para éste la solemne reparacion que esperaba. El destino parecia haberse encargado de su venganza, porque desde el dia de su destitucion una série de derrotas no habia cesado de humillar á la casa de Austria.

En cada revés, en cada plaza fuerte que se perdia, Fernando deploraba mas amargamente su ingratitud para con el gran general que tan alto lo habia elevado y que era el único capaz de conservarlo en esa altura. Por su parte, el orgulloso duque, reducido á las torturas de la inaccion, ocultaba los sombríos proyectos de su atrevido génio bajo las brillantes apariencias y la pompa afectada de un héroe de teatro. Devorado por una pasion ardiente, miéntras que se es-

forzaba en aparentar una indolente ociosidad, maduraba en la sombra y el misterio la mas negra creacion de la venganza y del deseo de mandar. Todo lo que le debia al emperador se habia borrado de su memoria, solo los servicios que le habia prestado estaban grabados en ella con caracteres de fuego. La ingratitud del monarca, al romper el único freno que podia sujetar á Wallenstein, que era el de la gratitud, justificaba á sus ojos los proyectos que habia formado y que le parecian justas represalias. Miéntras mas estrecho era el círculo en que estaba encerrada su actividad, mas se ensanchaba la esfera de sus esperanzas, y su imaginacion le hacia soñar en un porvenir que solo la demencia hubiera podido hacer germinar en otra cabeza que no fuese la suya. Si se habia elevado sin otro auxilio que su mérito y su fuerza moral, la fortuna le habia concedido en cambio todo lo que puede desear un gran ciudadano sin salir de los límites del deber. Ningun obstáculo se habia opuesto á sus esperanzas hasta el momento de su destitucion; pero este golpe, que habia venido á herirlo en la Dieta de Ratisbona, le habia al fin probado la diferencia que existe entre el poder *primordial* y el poder *concedido* entre el soberano y el súbdito.

Arrancado bruscamente por este cambio repentino, del pínáculo de la grandeza y de los honores que lo envanecian, se habia puesto á comparar la autoridad de que tan dignamente habia gozado, con aquella que se le habia arrancado sin otro motivo que un capricho ó sospechas injuriosas; y desde aquel momento su génio temerario contó las gradas de la escala social que tenia aún que subir para no temer una nueva caída. Solo cuando pudo conocer por una cruel experiencia el valor del poder supremo, fué cuando se sintió con la sed de ese poder, y la injusticia de que habia sido víctima

lo convirtió en injusto. Si esta misma injusticia no hubiera venido á irritarlo, él hubiera seguido su órbita al rededor de los rayos de la magestad imperial, satisfecho con ser el mas brillante de sus satélites; pero cuando fueron á arrancarlo de su esfera, desconoció el sistema planetario al cual pertenecia, y se precipitó con toda la violencia de una fuerza destructora contra el sol á quien debia su brillo primitivo.

Lejos del teatro de la guerra, estudiaba la marcha de ella y sus resultados, y las derrotas que desesperaban al partido imperial y sembraban el terror entre los católicos, eran para él los presagios infalibles de su próxima vuelta al poder. Parecia en efecto que Gustavo-Adolfo no triunfaba sin cesar sino para hacer mas pronta y mas solemne la venganza del antiguo generalísimo de su enemigo.

Wallenstein habia procurado establecer relaciones íntimas con el afortunado adversario de la casa de Austria á fin de unirse á él y combatir por la misma causa. El conde de Thurn, que estaba hacia mucho tiempo al servicio de la Suecia, se habia encargado de esta negociacion, cuyo objeto era quitar al emperador la Bohemia y la Moravia, arrojarlo de Viena y relegarlo al fondo de la Italia. Para realizar este proyecto colosal, Wallenstein no pedia mas que quince mil suecos que debian servir de núcleo al ejército que él se comprometia á levantar á sus espensas. Este ofrecimiento tan inesperado y lo brillante de las promesas despertaron la desconfianza de Gustavo-Adolfo, que temió confiar su gloria á las temerarias empresas de una cabeza exaltada, y poner quince mil de sus soldados á la disposicion de un hombre que tan fácilmente podia traicionar á su soberano legítimo. Pero no queriendo sin embargo rehusar abiertamente, le hizo decir que su ejército era todavía demasiado débil para poder destacar de él

un cuerpo tan considerable. Esta prudencia, exagerada tal vez, lo privó del único medio posible de terminar con rapidez una guerra desastrosa. Mas tarde lo comprendió así, y procuró inútilmente reanudar las relaciones con Wallenstein: el orgulloso duque no le perdonó jamás el poco caso que había hecho primero de sus ofrecimientos. Por otra parte, la conducta del rey de Suecia en esta circunstancia no hizo más que acelerar un rompimiento que el carácter de estos dos hombres hubiera hecho inevitable más tarde. Nacidos uno y otro para dictar leyes, era imposible que hubieran obrado de concierto en una empresa que exigía concesiones y sacrificios recíprocos. Para ser útil Wallenstein necesitaba tener un poder ilimitado, y se volvió *nulo* desde el momento en que no podía ser *todo*. La dependencia, cualquiera que fuese la causa, era tan antipática á Gustavo-Adolfo, que más de una vez estuvo tentado de romper el tratado que le aseguraba la cooperacion de la Francia, únicamente porque este tratado ponía algunas trabas á su génio activo é independiente. El primero se hacía inútil al partido del que no era el alma; el segundo rechazaba de antemano toda direccion que no fuese la de su propio génio. El ambicioso duque de Friedland hubiera podido someterse por un instante á las exigencias de su augusto aliado, pero dispuesto anticipadamente á despreciarlas cuando se tratase de dividirse los despojos del vencido. El orgulloso monarca habría podido resolverse quizá á aceptar contra el emperador el auxilio de uno de sus súbditos rebeldes y recompensarlo de una manera régia, pero jamás habría consentido en ennoblecer la traicion pagándola con una corona. Y este era en verdad el premio á que aspiraba Wallenstein, pero al fin había comprendido que jamás lo obtendría con la aquiescencia de Gustavo-Adolfo; y

á este convencimiento, y no á una pretendida alusion á los proyectos que se decía había tenido este monarca de apropiarse el trono imperial, es al que se deben atribuir las palabras que se le escaparon al duque de Friedland cuando le dieron la noticia de la muerte del rey de Suecia. «Es una felicidad para él y para mí, dijo, porque el imperio germánico no es bastante grande para poder contener dos cabezas como la suya y la mía.»

Persuadido que el elector de Sajonia podía ofrecerle más ventajas sin oponerle los mismos obstáculos, se sirvió de la influencia que ejercía siempre sobre su antiguo amigo, el feldmariscal de Arnheim, para decidir á Juan Jorge á formar una alianza con él, que debía hacerlo tan temible á Fernando como á Gustavo-Adolfo. Para realizar este designio, tenía ante todo necesidad de un ejército adicto cuyos servicios pudiese ofrecer en cambio del apoyo moral que debía darle el aliado ó más bien el cómplice que buscaba. Organizar este ejército sin excitar las sospechas de la corte de Viena era tan imposible como el reclutarlo con el objeto manifiesto de conducirlo contra el emperador. La autorizacion le era por lo mismo indispensable y esta autorizacion no podía obtenerla sino volviendo á ejercer otra vez la dignidad de generalísimo. Su orgullo no le permitía solicitarla y la prudencia le prohibía el aceptarla á título de favor, porque entónces hubiera estado circunscrito á límites demasiado estrechos. Para conseguir la autoridad absoluta que necesitaba, debía esperar á que el emperador, estrechado por todos lados, lo obligase, por decirlo así, á salvarlo, tomando otra vez el mando de sus ejércitos. Bastante buen político, para ignorar que Fernando no se decidiría sino en la última extremidad á dar un paso al cual no cesaban de oponerse la España y la Baviera, favorecía

todas las empresas de los enemigos de la casa de Austria, y es casi cierto que por sus consejos se apoderaron los sajones de la Bohemia. Todo hace creer que en la conversacion que tuvo en Kaunitz con de Arnheim, bajo el pretexto de entablar negociaciones de paz, proporcionó á este general su plan de conquista. Al mismo tiempo, los triunfos de los suecos en las orillas del Rhin, autorizaban á los agentes que tenia en Viena á sostener en alta voz que todas aquellas calamidades no habrian tenido lugar, si él hubiera conservado el mando de los ejércitos, y en breve millares de voces repitieron estas expresiones que terminaron por encontrar eco hasta en el consejo privado del emperador. Solo entónces creyó Fernando que podia confesar que el hombre que seis años ántes habia sabido crear y mantener como por encanto un ejército formidable; el hombre que por su fortuna, su génio y elevada reputacion era superior á todos sus contemporáneos, era el único general capaz de salvar á la casa de Austria y á la religion católica de una ruina total. Despues de haber hecho esta humillante confesion, no le quedaba mas que solicitar al súbdito á quien se reconocia haber ofendido injustamente, y á pesar de las observaciones de la Baviera y de la España, encargó á los amigos de Wallenstein que lo preparasen á ser llamado de nuevo.

Informado de todo lo que pasaba en Viena, el duque de Friedland tuvo el tiempo de estudiar el papel que queria representar para aumentar su triunfo y completar su venganza. Fingiéndose haberse entregado para siempre á las dulzuras de la vida privada, declaró con énfasis que nada podria decidirlo á sacrificar por el vano fantasma de la gloria y el inconstante favor de los reyes, la tranquilidad y el reposo de que gozaba en su retiro. Rehusó la invitacion que le hicieron

de pasar á Viena, pero fué á establecerse á Znaim, pequeña ciudad de la Moravia, desde donde podia fácilmente estar en comunicacion con la corte imperial. Despues de haber procurado inútilmente impedir que el emperador llamase al duque de Friedland, el elector de Baviera exigió que por lo ménos se pusieran límites al poder que le querian confiar. A este efecto, Werdenberg y Questenberg, amigos de Wallenstein y por consiguiente aptos para tratar este delicado negocio, recibieron la órden de insinuarle que Fernando deseaba colocar á su hijo el rey de Hungría en el ejército, para que aprendiese el arte de la guerra bajo la direccion de tan gran capitán.

Esta confidencia, aunque hecha con mucha habilidad, fué tan mal acogida, que estuvo á punto de romper para siempre las negociaciones que apenas acababan de entablar. El duque respondió con tono brusco: «Jamás dividiré el mando con persona alguna, ni aun con el mismo Dios si viniera al mundo.»

Obligado á ceder en este punto, encargó el emperador á su primer ministro y favorito el príncipe de Eggemberg, que allanase los otros obstáculos que Wallenstein oponia á su regreso al poder. Este nuevo agente se aprovechó de la amistad que lo unia con el duque para hacer un llamamiento á los sentimientos generosos de que lo creia susceptible.

«El emperador, le dijo, sabe que al alejaros del servicio, «él mismo ha arrancado la piedra mas preciosa de su corona. «Pero reflexionad, que ha sido obligado á dar ese paso del «cual se ha arrepentido, y que nada ha podido alterar nunca «la elevada opinion que ha concebido de vuestra persona. De «ello os da una prueba irrecusable, al recurrir á vuestra adhesion y á vuestro génio para reparar las faltas que se han «cometido desde vuestra separacion del ejército. Sacrificad

«vuestro justo resentimiento por la salvacion de la patria, y contestad á las calumnias de vuestros adversarios esforzándoos en trabajar con la mayor actividad por la gloria de vuestro soberano. La victoria que obtendreis sobre vos mismo, coronará dignamente todas las que os ilustran ya, haciéndoos el hombre mas grande de nuestra época.»

A pesar de estas vergonzosas confesiones y de las exageradas lisonjas que le prodigaban, Wallenstein continuaba quejándose amargamente de la ingratitud de Fernando. Demasiado hábil y profundo político para aceptar francamente unas proposiciones por cuya realizacion habia suspirado hacia tanto tiempo, hizo una pomposa enumeracion de sus antiguos servicios y de las desgracias del ejército imperial desde que él habia dejado de mandarlo; despues fingió ceder á un movimiento de generosidad y permitió al príncipe volver á Viena con un ligero rayo de esperanza. Habia aceptado el grado de general en jefe solamente por tres meses y ofrecido reclutar un ejército, pero no mandarlo. Con este proceder pensaba dar al emperador una prueba de su talento y de su poder, mostrándole de una manera palpable toda la extension de sus recursos, los que estaba en su mano concederle ó rehúsarle. Convencido de que un ejército que sacase de la nada volveria á ella en cuanto dejase de animarlo con su presencia, se ocupó en formarlo, para obligar despues al emperador á admitir las exorbitantes condiciones que estaba resuelto á imponerle.

El compromiso que habia contraido de levantar un ejército imponente en el espacio de tres meses, fué un objeto de burla para la Alemania entera; el mismo Gustavo-Adolfo no creyó posible su realizacion, y sin embargo, Wallenstein cumplió su promesa aun ántes del tiempo que habia señalado. Esto

consistia en que todas sus medidas estaban ya tomadas y que habia tenido que mover los resortes preparados de antemano. A la primera noticia que circuló de que el duque de Friedland estaba encargado de formar un ejército, acudieron de todos los puntos del imperio hordas de aventureros, atraídos por la certidumbre de que estando con semejante general la fortuna les seria constantemente favorable. Los oficiales y soldados que ya habian servido bajo sus órdenes y experimentado los efectos de su munificencia, dejaron los lugares á donde se habian retirado para ir á participar por segunda vez de la gloria de este ilustrado jefe y del rico botin que no dudaban conquistar siguiendo su bandera.

Los enormes gastos de esta gran empresa habian puesto al emperador en la necesidad de decretar contribuciones extraordinarias y de someter al mismo tiempo á todos los súbditos de los Estados hereditarios á pagar un impuesto personal. Los grandes y los ministros aumentaron el tesoro público con dones voluntarios. Wallenstein contribuyó con su parte, dió de su fortuna particular mas de doscientos mil thalers en dinero, sin contar los socorros y las gratificaciones que concedia á los oficiales que carecian de recursos: ademas, excitaba á los ricos con su ejemplo y por medio de brillantes promesas á que levantasen tropas á sus propias expensas. Todo individuo que reclutaba y armaba un regimiento era su jefe. La fortuna puesta á la disposicion de las necesidades del ejército daba derechos iguales á los del valor y del talento, pero las creencias religiosas no tenian ninguna importancia. Al comenzarse el armamento se declaró que no tenia relacion con el culto religioso, medida prudente que tranquilizó á los protestantes y los dispuso á sostener una empresa cuyo único objeto era sostener los derechos de todos



los miembros de la Dieta. Pero su política no se limitó á crear recursos en el interior. Lleno de confianza en el génio de Wallenstein, el duque de Lorena consintió en armarse otra vez en defensa del emperador: la Polonia le mandó algunos cosacos y la Italia proporcionó municiones de guerra. Su ejército, compuesto de cuarenta mil hombres, armado, equipado con lujo y aprovisionado profusamente, estaba mandado por oficiales de un gran mérito, y el entusiasmo que lo animaba era una prueba de que no esperaba mas que una órden de su gefe para hacerse digno de él por medio de brillantes victorias. Apenas hubo Wallenstein realizado su promesa, anunció al emperador la intencion de volver á su retiro. Sabia que le hubiera sido mas fácil á él levantar un segundo ejército tan numeroso y brillante, que á Fernando el hacer moverle bajo las órdenes de otro gefe que no fuese el mismo que lo habia formado.

Aquel ejército, última esperanza de la Alemania, no era, por decirlo así, mas que la obra fantástica de un encanto engañador predestinado á desaparecer en el momento en que el mágico que le habia dado la existencia dejase de animarlo.

La mayor parte de los generales y oficiales eran amigos, parientes ó acreedores de Wallenstein, á los que habia tenido la destreza de convertir por medio de grandes sumas para interesarles personalmente en sostenerlo. Solo él podia, en verdad, realizar las exorbitantes promesas con las que habia logrado atraer á tantos guerreros bajo su bandera; su palabra era la única garantía, y la ciega confianza que tenian en su génio y en su fortuna constituia tambien el único lazo que podia dirigir tan diversos intereses á un solo objeto. Al hacer que Fernando diese un gefe al ejército que acababa de levantar, habia querido colocarlo en la necesidad de comprar sus ser-

vicios al precio que su ambicion le exigiese. No se engañó en su esperanza, porque el príncipe de Eggemberg, encargado otra vez de hablar á su caprichoso amigo, recibió la órden de no retroceder ante ningun sacrificio para conservarlo en el mando de las tropas imperiales. Wallenstein recibió al enviado de su soberano en Znais, donde habia establecido su cuartel general, y se presentó con el fausto militar de un gran conquistador. Despues de oír con frialdad las solicitudes y las súplicas que le hacia el príncipe en nombre de Fernando, respondió con el desdeñoso orgullo de un soberano irritado:

«No, nunca creeré en la sinceridad de un ofrecimiento que no debo á la justicia de Fernando, sino á la cruel extremidad á que se encuentra reducido. Me busca, porque espera de mí socorros que nadie puede darle, y en el momento en que haya pasado el peligro, se olvidará del brazo que lo ha salvado. Porque tengo el convencimiento de que tan pronto como esté sin inquietud y sea poderoso, volverá á ser injusto é ingrato. ¿Cuál será mi recompensa si accedo á su deseo? Si la fortuna traiciona mi valor y trastorna mis combinaciones, pierdo para siempre la gloria que he adquirido con mis antiguos é importantes servicios; si la victoria me permanece fiel, expongo mi fortuna y mi tranquilidad, porque mis enemigos no dejarán de asediar de nuevo con sus quejas al trono imperial, y el débil monarca se creará otra vez obligado á sacrificar á un servidor que despues de haber cumplido noblemente con su deber habrá dejado de serle indispensable. No, es mejor ciertamente para él y para mí que yo deje ahora mismo y por mi propia voluntad un puesto que mas tarde ó mas temprano la intriga y la envidia me arrebatarán de una manera ignominiosa. Yo no pue-

«do encontrar la felicidad mas que en la vida privada, y no puedo solo por consideracion á la triste situacion de mi soberano, resolverme á salir momentáneamente de la tranquila oscuridad que ha llegado á ser una necesidad para mí.»

Cansado de estas evasivas, cuyo objeto comenzaba á sospechar, el príncipe de Eggemberg empleó al fin un lenguaje mas digno del enviado de un monarca.

«Si su magestad imperial, dijo, se ha dignado descender á suplicaros, es porque se habia lisongeado de que esta descendencia despertaria en vuestra alma algunos sentimientos nobles y generosos; ahora me convenzo de que su confianza solo ha servido para satisfacer vuestra vanidad y aumentar vuestra obstinacion. Reflexionad que el emperador tiene el derecho de hablaros como amo, y que puede castigaros por haberlo reducido á olvidar por un momento su dignidad, suplicándole á un súbdito que es incapaz de apreciar el valor de semejante sacrificio. Si Fernando ha sido injusto con vos, no olvideis que no por esto deja el soberano de ser el gefe supremo y que estais obligado á tenerle respeto y sumision. Ademas, no hay herida hecha por una mano imperial, que no pueda curar la misma mano. Pedid garantías para vuestra persona, para vuestra fortuna y para la duracion de vuestro mando; designad las recompensas que creais merecer, y el emperador os concederá todo. El tiene necesidad de vuestros servicios y tiene tambien derecho á exigirlos; y sin embargo, os promete el fijar el precio de vuestra obediencia; pero obedeced, ó de lo contrario os exponéis á incurrir en la cólera de un soberano que humillado por un súbdito rebelde, se verá en la necesidad de hacerlo perecer.»

Wallenstein comprendia que no era difícil realizar esta

amenaza, porque todas sus inmensas posesiones se encontraban en los Estados austriacos; pero al mismo tiempo tenia la conviccion de que no se atrevería á emplear medios violentos en su contra. El lenguaje del príncipe no fué para él mas que una prueba de que al fin tocaba al objeto de sus deseos, supuesto que el emperador aceptaba de antemano todas las condiciones con las que consentiria en permanecer en el mando. Fingiendo ceder á las órdenes expresas de su soberano, se retiró para redactar las cláusulas de su tratado de paz. El príncipe no estaba sin inquietud acerca del contenido de un documento, en el cual el mas altivo de los súbditos iba á dictar leyes al mas orgulloso de los monarcas. Tenia una opinion muy elevada del génio militar de su amigo, pero le era imposible el no dudar de su modestia. Esperaba sin duda proposiciones exageradas, y sin embargo, las que le presentó excedieron á sus previsiones y temores.

Wallenstein pedia el mando absoluto de todos los ejércitos alemanes de la casa de Austria y de España, y el derecho de castigar y recompensar exclusivamente sin tener que dar cuenta de su conducta; prohibia á todos los príncipes de la sangre imperial, al rey de Hungría y al mismo emperador, no solamente el ejercer ningun acto de autoridad concerniente á los ejércitos, pero ni aun presentarse en ellos bajo ningun título, ni siquiera el de espectador. Los nombramientos, los ascensos, y en fin, todos los actos relativos á las recompensas y castigos, debian llevar la firma de Wallenstein, y sin esta firma el emperador no podia conceder gracia de ninguna clase. El solo queria disponer á su voluntad, y sin la intervencion de ningun tribunal, ya fuera que emanase del emperador ó de la Dieta, de todas las confiscaciones á las cuales diesen lugar los triunfos de sus armas en toda la ex-

tension del imperio. Para asegurar un refugio á sus tropas en el caso de algun revés, exigia que Fernando ordenase á todas sus provincias hereditarias que lo recibiesen, le proporcionasen todo lo que pudiera necesitar y le entregasen las ciudades y fortalezas en el instante en que lo creyese conveniente. Como recompensa debida pedia la concesion de uno de los Estados hereditarios del Austria, y de otro á su eleccion entre los que pudiese conquistar en Alemania, sin perjuicio del ducado de Mecklemburgo, cuya posesion se le aseguraria por el tratado que se firmase despues. Previendo siempre la posibilidad de una segunda y repentina destitucion, imponia al emperador la obligacion de avisárselo con anticipacion y de una manera auténtica, y en este caso concederle el plazo que él mismo fijara para deponer el mando en jefe, sin cuya formalidad se reservaria el derecho de considerar la órden como si no existiese.

El príncipe de Eggenberg procuró inútilmente que modificase unas condiciones que privaban al emperador de todos sus derechos de soberanía sobre el ejército, y lo hacian el esclavo coronado de su generalísimo. Pero habian hecho comprender á Wallenstein que sus servicios eran indispensables, y por consiguiente no era ya tiempo de pensar en regatear. Por otra parte, si un concurso de acontecimientos desgraciados obligaba á Fernando á someterse á tan duras condiciones, Wallenstein creia debérselas imponer únicamente por satisfacer su ambicion y su venganza. La experiencia le habia enseñado que solo podia contar con la duracion de su autoridad nulificando la del emperador. Aun cuando no hubiera tenido la intencion de hacer servir al ejército imperial para sus proyectos de elevacion personal, el interes de su gloria habria bastado por sí solo para inspirarle el de-

seo de ser el solo amo, el único jefe y el alma de este ejército; ¿y podia serlo si no tenia el derecho de disponer de su suerte, si no se podia presentar á él como el verdadero y exclusivo poseedor permanente de la soberanía, de la que gozaba por una delegacion temporal? ¿y esta consideracion no justificaba bastante la tenacidad, con la cual se empeñaba en prohibir al emperador y á los príncipes de su casa el que se presentasen al ejército? Al arrogarse el privilegio exclusivo de disponer de todos los bienes confiscados ó conquistados en el imperio, se aseguraba de antemano de muchos partidarios numerosos y adictos, puesto que se convertia, por decirlo así, en el dictador de la Alemania, autoridad que ningun emperador se habia atrevido á ejercer abiertamente hasta entónces. La cláusula que le permitia buscar un refugio en todas las provincias austriacas le ponía en aptitud de sitiarse al emperador en sus propios Estados, y con su mismo ejército podia devastar sus posesiones, arruinar á sus súbditos y de este modo trastornar los cimientos de la monarquía. Por último, la nueva posicion que habia sabido crearse le proporcionaba en todas las eventualidades posibles las mas brillantes ventajas. Si la marcha de los acontecimientos hacia que se ocupara seriamente de sus atrevidos proyectos, tenía á su disposicion los medios necesarios para realizarlos: si por el contrario, estos mismos acontecimientos le permitian gozar tranquilamente del poder adquirido por sus convenios con el emperador, este poder era bastante grande para lisongear su ambicion. La única y verdadera falta que cometió en aquellas circunstancias, fué el considerar como estables y legítimos unos convenios arrancados á un soberano que estaba reducido á la desesperacion. ¿Como era posible que Fernando II se creyese ligado por un acto que hacia culpable del

crimen de lesa magestad al que se lo imponía, y que si aparentaba no conocerlo era porque el mismo hombre, aunque culpable, era indispensable en aquel momento para salvar la monarquía?

El ejército imperial tenía por fin un gefe digno de este nombre. Desde las riberas del Danubio hasta las orillas del Wesser y del Oder, todo se reanimó al aspecto del astro brillante que había aparecido de nuevo en el horizonte. Un nuevo período comenzó para la guerra que hacia tanto tiempo desolaba la Alemania. El entusiasmo reinaba entre los soldados del emperador; renacieron las esperanzas de los católicos, y los protestantes esperaron con inquietud la realización de los temores y deseos que agitaban á todos los partidos. La corte de Viena se creyó autorizada á exigir al nuevo generalísimo unos servicios proporcionados al precio que él mismo les había puesto. Wallenstein, sin embargo, no parecía darse mucha prisa en satisfacer aquellas exigencias. Acampado en las fronteras de la Bohemia, el mas ligero movimiento un poco serio, habria bastado para expulsar de aquel país á los sajones; pero se limitó á escaramuzas y combates de vanguardia, porque no queria vencerlos, sino hacer que se aliasen con él; y Fernando, que deseaba siempre reconciliarse con el elector de Sajonia, secundaba sin saberlo los proyectos del generalísimo, aprobando su temporización. El recuerdo de los beneficios que el rey de Suecia había hecho á la Sajonia era todavía muy reciente para que se pensase en traicionarlo descaradamente, y aun cuando se hubiera tenido aquella idea, habrían temido el confiarse á la política del gabinete austriaco, cuya perfidia no era un misterio para nadie. El carácter equívoco de Wallenstein no inspiraba mayor confianza. Se negaban á creer en la sinceridad de sus ofreci-

mientos, la única ocasión tal vez en que obraba de buena fé. La posición que guardaba no le permitía dar la prueba revelando á Juan Jorge los motivos que lo impulsaban á solicitar su alianza. Obligado, aunque á su pesar, á abandonar las negociaciones para empuñar las armas, se presentó de repente frente á Praga, la que abrió sus puertas gracias á la traición de un capuchino, y la guarnición que se había refugiado á la ciudadela tuvo que rendirse con las mas humillantes condiciones. Esta ventaja le proporcionó el continuar las negociaciones, en las que el feldmariscal de Arnheim figuraba siempre como intermediario. Entre tanto que este general negociaba, Wallenstein se apoderó de los desfiladeros situados entre Aussig y Perna para cortar la retirada al ejército sajón, el cual pudo volver á su país merced á la destreza y habilidad que mostró de Arnheim en estas circunstancias. Poco después se sometieron á los imperiales las dos fortalezas de Eger y Leutmeritz que eran las únicas que ocupaban ya en Bohemia, volviendo de este modo el reino á su legítimo soberano con tanta rapidez como lo había perdido.

El duque de Friedland, que se ocupaba ménos de los intereses de su amo que de los suyos propios, quiso entonces trasportar el teatro de la guerra á la Sajonia y obligar así al elector á firmar un tratado con el Austria, ó mas bien con su general dictador, para evitar la destrucción de su país, pero la fuerza de las circunstancias lo obligó á suspender este proyecto.

Mientras que Wallenstein limitaba sus proezas á enseñorearse de la Bohemia, los suecos, como ya dijimos antes, conseguían victorias importantes en las orillas del Rin y del Danubio. Vencido en el paso de Lech y habiéndose quedado sin apoyo por la muerte de Tilly, Maximiliano no cesaba